

# **HACIA EL PROYECTO NACIONAL**

## **GRUPO RUMBO JUSTICIALISTA**

Mario Burkun, Jorge Todesca, Carlos Campolongo, Eduardo Ratti, Guillermo  
Schweinheim, Ignacio Chojo Ortiz, Aldo Pignanelli, José Paradiso.

**21 de Agosto de 2008**

## HACIA EL PROYECTO NACIONAL.

### **Nuestras opciones.**

El rechazo al proyecto de ley de ratificación de la Resolución 125 en el Congreso de la Nación, tras el prolongado conflicto con el agro, ha provocado un cambio profundo en las expectativas de la sociedad. Vacilaciones en la gestión del gobierno y la existencia de diversos problemas de difícil resolución, han llevado a la mayoría de los argentinos a una sensación de incertidumbre y desaliento.

Nuestra reflexión, como justicialistas que hemos tenido diversos compromisos con la militancia y la función pública a lo largo de los años –la que deseamos compartir con nuestros compañeros para promover el más amplio debate- nace de las principales opciones que hoy presenta el escenario político y frente a las cuales corresponde que tomemos posición:

- 1) Ante las hipótesis de una eventual crisis de gobernabilidad, optamos por el sostenimiento de las instituciones y de las autoridades legítimamente constituidas, más allá de cualquier discrepancia con su gestión. No existe peor alternativa que la de retornar a una crisis institucional de imprevistas consecuencias.
- 2) Frente al resurgimiento oportunista de voceros del neoliberalismo responsable de la grave crisis del 2001/2002, reiteramos nuestra decidida opción por un proyecto de desarrollo económico y social, con fuerte énfasis en la redistribución del ingreso. No existe peor alternativa que retornar a un esquema económico de especulación y concentración, que siempre dio la espalda a las postergadas demandas de la mayoría de los argentinos.
- 3) Ante un método político que privilegia la confrontación y el hegemonismo, optamos por la negociación, la concertación y la consolidación de la democracia representativa, como garantía de una creciente y eficaz participación social y política. No existe mayor

amenaza a la gobernabilidad que la que proviene del aislamiento para elegir el camino y la excesiva concentración del poder de decisión.

- 4) Frente a la improvisación en la acción de gobierno, formulamos una clara opción por la construcción de una visión estratégica de Nación y el planeamiento de la acción de gobierno. Sin estrategia y planificación no existe modo de encaminar al país por la senda del desarrollo y la consolidación de la democracia.
- 5) Frente a quienes procuran sostener el statu quo, optamos por una progresiva redistribución de la riqueza y la afirmación de una cultura que privilegie la cooperación, la solidaridad, la cultura del trabajo y la responsabilidad compartida. La concentración y la especulación, contrarias a la productividad y a la justicia social, han sido en el pasado lejano y reciente, las recetas más efectivas para mantenernos en el subdesarrollo económico y cultural, el aislamiento internacional, la inestabilidad política y la injusticia social.

### **La incertidumbre amenaza el crecimiento de la economía y la situación social.**

Las dificultades que ha enfrentado el gobierno en los últimos meses, han desmejorado paulatinamente las condiciones económicas y sociales.

Aunque los datos del deterioro fluyen lenta y fragmentariamente, las evidencias son crecientes. Para calmar los efectos del conflicto sobre el mercado de cambios, el Banco Central ha revaluado el peso, las tasas de interés ascendieron y la oferta de crédito descendió. Con ello se han conmovido bastiones esenciales de esta etapa económica.

En los mercados de bienes existe cierta desaceleración en el sector inmobiliario, electrónica y bienes de consumo durable en general. También en algunos rubros de servicios la demanda se debilita. Son estos los renglones en que primero suele manifestarse la desaceleración de la economía.

Estos datos podrían constituir una tendencia más firme y generalizada en el segundo semestre del año.

La situación fiscal de la Argentina es solvente a corto plazo, pero poco sólida hacia adelante. En el sector privado comienzan a descontar esta situación y el acceso público al mercado financiero internacional –donde las perturbaciones son enormes- virtualmente no existe.

El principal problema actual es que se ha caído en una situación de incertidumbre que paraliza los negocios o les instala una perspectiva extremadamente cortoplacista. En el caso de los consumidores, esto se traduce en desconfianza creciente. Es un círculo vicioso que se puede retroalimentar indefinidamente.

La coexistencia de esta situación con una elevada inflación tendrá efectos sociales inmediatos. Los ingresos de los sectores sociales más vulnerables se verán seriamente afectados.

Aunque el gobierno se ha negado reiteradamente a moderar el crecimiento para atenuar la inflación, en los hechos se ha caído en una desaceleración desordenada que poco o nada logrará en ese campo.

Para revertir la situación es necesario inyectar primero una dosis de credibilidad y presentar, luego, una política coherente y estable. Es imprescindible que el gobierno retome las riendas de la economía. Las condiciones globales todavía siguen siendo buenas a pesar de que el tiempo ya no corre a favor.

Sin una correcta administración económica, las crecientes dificultades acentuarán la crisis y alejarán las posibilidades de comenzar a pensar en términos estratégicos. Nuevamente mandará la coyuntura y, es sabido que la emergencia nunca permite pensar el largo plazo.

### **Nuestra visión sobre las presentes dificultades.**

Acabamos de vivir un conflicto prolongado entre el gobierno y sectores del agro, con ímpetus desmesurados e intransigencias estériles, de ambas partes. El resultado legislativo, si bien trajo alivio, también dio lugar a incertidumbre sobre el futuro de la gestión de gobierno y de nuestro país.

El conflicto puso sobre el tapete otros asuntos de igual o mayor complejidad, hasta ahora virtualmente soslayados:

- Los problemas fiscales, económicos y sociales de un federalismo declamado pero claramente postergado.
- La ausencia de una estrategia productiva para el agro pero, también, para la industria y los servicios.
- El ya señalado avance de la inflación y la proliferación de subsidios de elevado costo fiscal que no siempre sirven a la redistribución de ingresos, ni favorecen la productividad.
- La innecesaria y resistida prolongación de los superpoderes, propios de un estado de emergencia que se ha perpetuado.
- Las cuantiosas erogaciones destinadas a remendar un déficit energético sin solución a la vista.
- El avance de onerosos proyectos inconsistentes y carentes de consenso (“Tren bala” y “Re-estatización de Aerolíneas Argentinas”).
- La ausencia de políticas efectivas para garantizar la seguridad, la instrucción pública, la salud, el ambiente y la infraestructura de servicios.

Esta crisis y la situación de incertidumbre que ha causado, nos ofrece –sin embargo- a los argentinos, y al gobierno -si se decide a observar desapasionadamente la realidad- una oportunidad invaluable para mirar a largo plazo, superando la renovada tentación de concentrar todos los esfuerzos en la solución de temas de coyuntura.

Necesitamos un proyecto estratégico que contemple todas nuestras asignaturas pendientes y el emplazamiento, ágil e inteligente, de nuestro país frente a un mundo complejo, conflictivo e incierto.

### **De la crisis del 2001 a la búsqueda de consensos.**

La reorganización de la economía, superada la crisis de 2001/2002, dio lugar a un nuevo esquema económico con eje en el mercado interno y en aptitud para aprovechar las oportunidades brindadas por los excelentes precios internacionales para la producción agropecuaria. La economía inició un inédito ciclo de crecimiento que permitió renegociar la deuda pública, ordenar las cuentas fiscales y aplicar importantes recursos a impostergables políticas de protección social.

Se crearon las condiciones para salir del “disciplinamiento” de los planes de ajustes estructurales de los organismos internacionales de crédito que fracasaron aquí y en otras regiones del mundo.

Superadas las contingencias más urgentes, el voto popular ungió a otro gobierno peronista con la esperanza de que continuase fortaleciendo las diversas esferas de la vida social.

Como peronistas sabemos que nos cabe la mayor responsabilidad por los resultados de esta gestión de gobierno. Y, con igual responsabilidad, sentimos la obligación de pronunciarnos sobre ciertos aspectos que nos están alejando de la esperanza popular y que deben rectificarse.

Aun admitiendo que después de habernos aproximado al “Apocalipsis”, a fines del 2001, era necesaria la reconstrucción de la autoridad presidencial, solamente una visión superficial puede llevar a imaginar que allí se agotaba la necesidad de reconstruir las instituciones de una democracia representativa (principalmente, los partidos, el congreso, la justicia y la administración del Estado).

Superar la crisis supone un esfuerzo conciente de la dirigencia política, principalmente del peronismo, pero también de la oposición, de reconstrucción de las distintas instancias de representación y de gestión del Estado. Es tan necesario como el crecimiento de la economía, y en definitiva la única garantía de un crecimiento sostenido, el mejoramiento de los organismos de la administración y de las instituciones políticas.

Es preciso transitar desde un sistema administrativo obsoleto hacia formas más modernas y útiles de organización estatal, junto con igual modernización de los mecanismos de representación política (partidos, congreso, relaciones nación-provincias, justicia, sistemas electorales, sistemas de control, etc.).

Una colosal tarea que necesita no de domesticación política o de confrontación, sino -al contrario- de encender el fuego de las fuerzas creativas de la sociedad y de importantes consensos básicos entre todas las organizaciones políticas y sociales.

### **La reorganización del Estado para gestionar el desarrollo económico y social.**

A partir de 1983, nuevas generaciones crecieron en democracia. Sin embargo, la deseada maduración y fortaleza de los gobiernos populares, no pudo impedir el temprano debilitamiento y final agotamiento de los gobiernos de Alfonsín y De la Rúa.

Esos dos desenlaces pudieron ser encauzados institucionalmente, merced al protagonismo y los consensos alcanzados por las principales fuerzas políticas, mejor organizadas entonces que en nuestros días. El Congreso fue el ámbito que canalizó las soluciones políticas de ambas crisis.

No es menos cierto que, así como las fuerzas políticas supieron alcanzar acuerdos para superar momentos críticos, durante este último cuarto de siglo los distintos gobiernos no contribuyeron a la definición de políticas de estado (tal como ocurriera en nuestro continente con Méjico, Brasil o Chile)

trascendentes a la coyuntura. Ello hubiese contribuido al establecimiento de estrategias y políticas públicas dotadas de amplio consenso, que hubiesen mejorado el intercambio político y preservado su continuidad por encima de la competencia electoral.

De habérselo propuesto y logrado, se hubiese producido una maduración del sistema democrático y un sostenido avance hacia el desarrollo económico y social.

En su lugar, cada turno político dio lugar a políticas de corto plazo, sin visión estratégica y sin el necesario enfoque sistémico que hubiese permitido integrar los más distintos problemas y darles soluciones perdurables.

Una muestra de ello es que ningún gobierno, en el último cuarto de siglo, supo o quiso construir una organización administrativa diseñada a la luz de nuevas doctrinas de organización y gestión, lo que es condición necesaria para el diseño de estrategias y políticas de largo aliento.

Al contrario, el clientelismo de turno y las viejas recetas “racionalizadoras” eliminaron a los mejores funcionarios.

Gobiernos que se desentendieron, o que contribuyeron a la decadencia de los organismos de la Administración, favorecieron, conciente o inconcientemente, formas de concentración económica, mecanismos de acción directa para la resolución de los conflictos, generalizadas corruptelas y el creciente descrédito de la función pública.

El Estado -nacional, provincial y municipal- fue desvencijado y ello constituye una limitación principal al diseño, ejecución y control de políticas públicas.

### **Los problemas que plantea la degradación de la política.**

Cada vez se observa con mayor intensidad en el mundo la “personalización” de la política, posiblemente como consecuencia del debilitamiento de la democracia representativa. Un fenómeno extendido por la “hibridación” de los

medios de comunicación y la política, las técnicas del marketing político, y la sobredosis de “encuestología de opinión pública”.

En nuestro país este fenómeno se encuentra sobredimensionado, desplazando, virtualmente, toda forma de organización y práctica política.

La expansión de nuevas tecnologías informativas, electrónicas, digitales y visuales, levantan un paisaje diferente al de medio siglo atrás, pero si no somos capaces de encontrar un equilibrio entre esa nueva realidad y la necesidad de reconstruir ámbitos de representación política que sirvan para canalizar las demandas sociales, formar y seleccionar dirigentes, y formular políticas públicas, quedaremos definitivamente sometidos a la “tiranía de la opinión pública”. No encontraremos jamás un proyecto integrador sostenido en el tiempo.

El sometimiento de la política a los medios, permite emerger, desde cualquier ámbito social, nuevas figuras que adquieren fama y rápida repercusión pública. Raramente emergen, en cambio, personas con prestigio y autoridad moral.

Una manifestación extrema de la desarticulación del sistema de partidos ha quedado evidenciada en la última elección presidencial: ningún candidato fue elegido mediante mecanismos de democracia interna. Todos surgieron de autoproclamaciones.

Y de esa desarticulación, resultan problemas relevantes:

(i) Las ideas políticas no nacen de un trabajo colectivo; responden solo al propósito de producir impacto mediático y no tienen por finalidad definir una estrategia política asociada a un programa de gobierno.

(ii) Entre esa precaria superestructura política mediática –de imagen- y la sociedad, no hay formas organizativas de espesor y cohesión que permitan a sus líderes intervenir en espacios sociales promoviendo referencias, identidades y pertenencias a un proyecto colectivo.

Esa carencia se suple y falsifica mediante un degradante clientelismo político. Esa desarticulación de la política es contraria a principios liminares del

justicialismo. La filosofía social del justicialismo concibe a la persona como un individuo convocado por su condición de ser social, a la construcción y sostenimiento de estructuras y compromisos sociales y comunitarios que tienen en vista el bien común. Nada más alejado del clientelismo que tiende a convertirse en una práctica política dominante.

Es por ello que la construcción de las ideas, de las representaciones y de los liderazgos, son, para nosotros, productos de conjunto y no individuales. En consecuencia, nos corresponde re-crear la práctica del debate que construye ideas, forma dirigentes y construye la organización y el proyecto político.

### **Los problemas que plantea la degradación cultural.**

Posiblemente en relación con la continuada sensación de crisis y falta de expectativas de un futuro mejor, nuestra sociedad -a partir de los oscuros años del proceso- ha ido perdiendo noción del sentido de autoridad y de la necesidad de afirmar su existencia sobre la base de razonables normas de convivencia. Los distintos niveles de autoridad: familiar, educativos, y estatales, en general, se encuentran en serias dificultades para hacer respetar normas. Una sociedad sin normas y sin un sentido legítimo de autoridad, involucren hacia formas incivilizadas de convivencia.

Identificar autoridad con abuso; y derecho con formalismo, no conduce – solamente- a que el semáforo rojo sea eludido sin culpa y sin sanción. Conduce a una sociedad de individuos poco proclives a reconocer el derecho de los otros; a una pertinaz y agresiva defensa de lo que se considera el derecho propio y a un supino desconocimiento de las propias obligaciones. Conduce además, a una autoridad poco dispuesta a corregir y sancionar transgresiones.

Es esta una sociedad en riesgo; riesgo por su propia dinámica antes que por amenazas externas. Y es este un riesgo cultural.

Es difícil que una sociedad cuyo individualismo lleva en muchos casos a ignorar el derecho de los otros, adquiera valores de cooperación, solidaridad, laboriosidad y justicia.

### **El mayor déficit cultural es la labilidad ética.**

El piquete, el escrache, la huelga sorpresa en los servicios públicos, el bloqueo de rutas y caminos, la agresión a los docentes por los alumnos o por sus padres, son hechos cotidianos a los que nos hemos ido acostumbrando. Sus actores se sienten legitimados a coartar derechos, sin consideración alguna al daño que infieren a los otros.

La venta de alcohol y de drogas a los adolescentes en locales al público; la difusión de programas televisivos que reproducen el peor lenguaje, la peor estética y el modo más vulgar e irrespetuoso de vinculación entre las personas, tiende a multiplicar negativos patrones de conducta. Los aspectos más importantes de la vida de las personas son trivializados sistemáticamente.

Un estado virtualmente ausente en los ámbitos en los que se construye la verdadera cultura media; aquella que determina la forma de pensar, hablar y conducirse de la mayoría de las personas, particularmente en las jóvenes generaciones, acentúa la anomia imperante.

La falta de honestidad personal (en la conducta y en el discurso) de muchos dirigentes, funcionarios, y personas de pública notoriedad, refuerza la anomia.

Ese clima cultural adverso a una civilizada convivencia, tiene relación con problemas asociados a la gobernabilidad y al desarrollo y constituye por lo tanto un principal tema de agenda.

La inseguridad personal, acrecentada en los últimos tiempos, guarda relación con la quiebra de patrones de conducta y no podrá ser resuelta por ninguna política pública que no considere el significado de nuestra decadencia cultural.

Un peligro adicional, a futuro, es que como reflejo de autodefensa de los sectores medios, ante una generalizada sensación de indefensión, se legitimen socialmente las peores formas de autoritarismo y represión.

### **La cuestión del desarrollo económico.**

El crecimiento de los últimos años pone de relieve tanto el potencial de la economía argentina como la posibilidad de desarrollar con éxito políticas alternativas al pensamiento único de la década del 90.

Este crecimiento ha contribuido a una mejora sustancial del empleo y a un descenso de la pobreza e indigencia, desde los niveles abismales alcanzados en lo más profundo de la crisis. A diferencia de lo ocurrido en otros períodos, la base del crecimiento y su positivo impacto social ha sido la expansión de la producción nacional.

En las últimas décadas, lejos de converger con los países industrializados, los países subdesarrollados han ido perdiendo posiciones, siendo nuestro país un caso extremo: entre 1960 y 2000 nuestra economía creció a un promedio de 2.45% anual, algo menos de la mitad del ritmo del conjunto de América Latina y casi la tercera parte del promedio de los principales países del este de Asia. En ese período, el ingreso por trabajador ocupado aumentó un 0.88% anual, menos de la mitad del promedio mundial y sólo por encima de África.

El prolongado fracaso en construir una base material sólida para nuestra sociedad, es fuente de desazón y confusión. La enorme mayoría de la población actual ha participado de frecuentes situaciones de emergencia y ha adherido circunstancialmente a propuestas que prometían milagrosa prosperidad a partir de efímeros artificios financieros.

La discusión de políticas económicas ha sido y es objeto de una confrontación desconocida en el resto del mundo. Los actores políticos y sociales no han sido capaces de establecer políticas de estado perdurables que propiciaran el desarrollo productivo y la equidad. En cambio, el circunstancial ganador en cada etapa, frecuentemente ha embarcado al país en procesos fallidos que destruyeron gran parte del aparato productivo; en algunos casos de manera irreversible.

A la luz de este prolongado fracaso, pareciera que así como el modelo de los noventa concluyó en un colapso que hizo desandar buena parte del crecimiento de esa década, tampoco el modelo de los cincuenta, o el progresismo de los setenta, tienen contenidos totalizadores -hoy vigentes- útiles para estructurar políticas hacia el futuro. Menos aún es posible reeditar las condiciones excepcionales de principios del siglo XX.

Para que el proceso de inversión se sostenga y amplíe se necesita una nueva forma de vinculación entre el Estado y el sector privado, basada en la resolución de la agenda de corto plazo y en la definición de una estrategia de desarrollo productivo y de inserción internacional. Hay mucho trabajo intelectual realizado –y muy poco aplicado en materia de políticas públicas- que pone de relieve cuáles son las ventajas competitivas que la Argentina tiene, o puede desarrollar, y qué se requiere para ello.

Reedificar la economía productiva de la Argentina requiere de una tarea sector por sector, construyendo compromisos estables entre el sector público y el privado en cuestiones tales como estructura tributaria, política comercial, promoción de inversiones, empleo e integración de cadenas de valor.

Finalmente, la tecnología es la llave para una combinación óptima de capital humano y capital físico. Hay que definir en qué áreas y con qué enfoques aspiramos a un desarrollo tecnológico propio y concentrar allí los recursos. Esa definición debe ser coherente con la estrategia productiva que se adopte. No necesitamos -ni podríamos aspirar a tener- tecnología propia en todas las áreas, máxime cuando esta circula internacionalmente con gran fluidez. Sin embargo, hay una gran tarea por hacer en la selección de la tecnología que mejor nos permita ser competitivos e incorporar la mayor cantidad de mano de obra. El campo de la adaptación de tecnologías también ofrece resultados promisorios para aprovechar lo mejor que ofrece la creatividad internacional.

Trabajar en torno a esta agenda es imprescindible para sacar al país del estado de crisis en que se encuentra, producto en buena medida del agotamiento de las recetas que sirvieron para superar la crisis del colapso de la convertibilidad.

## **La misión actual del Justicialismo**

El Justicialismo tuvo su origen en un proyecto integrador, con eje en la organización de los trabajadores y la promoción de un rol activo del estado para elevar el nivel de vida de los más pobres. Sin clasismo y procurando armonizar los naturales conflictos sociales. La Justicia y la Igualdad de oportunidades fueron sus objetivos declarados.

En ese marco, la movilidad social ascendente fue, también, una realidad articulada con un proyecto de Nación que se lanzó a profundizar la industrialización para equilibrar el forzado lugar al que nos destinaba la división internacional del trabajo de la primera mitad del siglo pasado: proveedores de productos primarios.

Hoy, en condiciones muy distintas a las de aquél tiempo originario, es necesario volver a formular un nuevo proyecto industrial y productivo, destinado a generar una efectiva mejora en las condiciones de vida de los más postergados y con una clara visión de las posibilidades de desarrollo que ofrece el mundo contemporáneo.

Argentina carece de una estrategia de crecimiento económico sostenido en el tiempo y de inserción en los mercados internacionales. Carece, por lo tanto, de los instrumentos estatales adecuados y de una doctrina de asociación de los esfuerzos estatales, empresarios y sindicales convergentes a ese fin.

Nuestra tradición industrialista, nuestra convicción sobre la necesidad de contar con herramientas estatales idóneas para concebir escenarios estratégicos y planes de largo aliento en todos los campos de las actividades económicas y sociales, debe permitirnos recrear un proyecto de Nación con definida proyección en el Mundo.

Hoy carecemos, precisamente, de todos esos elementos: de un estado organizado y moderno; de una visión clara de nuestras posibilidades de

desarrollo económico y sobre nuestro posible lugar en el mundo; y de una armónica relación entre las fuerzas del trabajo, los empresarios y el estado.

Debemos ser capaces de construir las ideas y los métodos para establecer positivas vinculaciones entre los sectores de la producción, el trabajo y el Estado. Debemos ser capaces de interpretar con lucidez las restricciones y oportunidades que existen en el Mundo, más allá de perimidos dogmatismos ideológicos, a fin de definir rumbos estratégicos.

Ese es el desafío que debe convocarnos.

Nuestro partido y nuestro gobierno, cada uno en los ámbitos que les compete, deben abrirse a un debate profundo que haga nacer ideas, compromisos y cuadros dispuestos a la construcción política. Nuestro gobierno necesita ideas y no es un demérito que abra espacio al debate.

### **A modo de conclusión: ante un nuevo escenario una nueva agenda.**

El peronismo se debe a sí mismo y a toda la sociedad, un serio debate sobre temas que tienen que ver con el presente y con el futuro de nuestro país. Y eso supone definir, a nuestro criterio y por las razones antes señaladas, algunos principales ejes de debate.

Entre ellos:

- 1) Los aspectos institucionales y políticos que guardan relación con la gobernabilidad y la plena vigencia de las instituciones de una democracia representativa. Organización y financiamiento de los partidos políticos. Selección y elección de dirigentes. Relaciones Nación-Provincias y construcción del federalismo. Coparticipación Federal. Relaciones entre los tres poderes del estado nacional. Modernización del Estado. Presidencialismo o sistema semi-parlamentario.

- 2) La elaboración de una estrategia de desarrollo económico y social, con énfasis en la productividad y la distribución de la riqueza y que contemple, con realismo y creatividad, las alianzas y vinculaciones que deben establecerse con un mundo cambiante y en estado crítico.
- 3) La importancia de concebir a la concertación como un instrumento principal de la acción de gobierno, a fin de definir políticas de estado sobre los principales temas de agenda.
- 4) Contar con una visión de largo plazo sobre todos los temas principales de la acción de gobierno.
- 5) Limitar la concentración económica, favorecer la competencia y garantizar los derechos de los trabajadores, los usuarios y los consumidores.

Existe en nuestra sociedad un profundo cansancio sobre las recurrentes amenazas de inestabilidad política y declinación económica. La confrontación, las deficiencias de la gestión estatal y la falta de consenso sobre temas principales, suelen conducir en esa indeseada dirección.

Si continuamos por el camino que ha conducido a esta crisis, la Argentina desaprovechará una oportunidad excepcional de desarrollo. En cambio, si el gobierno y las organizaciones de la sociedad hacen una lectura profunda del momento social y político, existe la posibilidad de fortalecer la democracia, dotarla de un sentido más republicano e iniciar el camino hacia el desarrollo y la estabilidad institucional.

Nuestra apelación, es por lo tanto, a superar rápidamente el estado de conflicto y confrontación que se ha instalado en el país, y dar lugar –desde el gobierno y el justicialismo- a una activa búsqueda de acuerdos que sirvan de plataforma para el diseño de una estrategia de desarrollo.

Ni la justicia, ni la libertad, ni la paz son producto de imposiciones sino de amplios acuerdos. Todas las experiencias exitosas de desarrollo de las últimas décadas así lo demuestran.

El justicialismo, que supo sacar al país de la crisis del 2001/2 no puede, por falta de sentido de la realidad, contribuir a la instalación de una nueva crisis de alcances impredecibles.